

troladas las substancias que no se consideran peligrosas. La Ley contiene anexos sobre substancias específicas catalogadas en grupos de "prohibidas" y "restringidas".

La Convención de Londres, firmada por Canadá y unas 80 naciones más en 1972, cubre la evacuación de restos en océanos de todo el mundo y entrará automáticamente en vigor cuando la hayan ratificado 15 naciones. Hasta el momento, 13 naciones lo han hecho.

La Ley estipula multas de hasta cien mil dólares, aplicándose a la evacuación deliberada de restos desde buques, aeronaves y otras plataformas situadas sobre el mar. No se consideran transgresiones a la Ley las evacuaciones incidentales producto de operaciones normales. La Ley tampoco se aplica a evacuaciones resultantes de la exploración de recursos minerales del fondo del mar y su explotación.

### La amistad: el mejor regalo de Navidad

*El cuento de James McNeill que reproducimos a continuación apareció en el número de enero-febrero de 1974 de la revista North, publicación del Ministerio de Asuntos Indios y Desarrollo del Norte. Es una pequeña historia sobre una muchacha esquimal que pasó la Navidad lejos de su casa.*

La excitación de la ocupada semana de antes de Navidad terminó con las apresuradas despedidas de costumbre a las que siguió un profundo silencio en el dormitorio de estudiantes enfermeras del hospital. María reprimió sus lágrimas mientras atravesó corriendo el pasillo vacío. Todas las demás estudiantes, incluso su compañera de habitación, se habían marchado a sus casas para pasar la Navidad. Una muchacha esquimal cuya casa natal se encuentra en Nutak, en el norte de Labrador, no podía llegar a casa en tan corto tiempo y mucho menos estar de vuelta a las clases en tres días. Su pensamiento voló al lado de sus padres, así que decidió

tomar un pequeño reposo y escribirles.

"Queridos papá y mamá," comenzó, "¡estoy tan sola aquí! Todas las muchachas de mi clase se han marchado a sus casas. Es la víspera de Navidad y todo está decorado alegremente. En la radio tocan villancicos y hay un gran abeto en la cafetería, pero no es como en casa. Pienso tanto en vosotros que a veces no puedo estudiar..."

No pudo seguir escribiendo porque no le salían las palabras.

Ya había tomado la decisión de dejar el curso de enfermera y volver a su casa cuando oyó que alguien llamaba suavemente a la puerta. La abrió y se encontró con una bonita enfermera graduada. "Me llamo Hanna Smith. Es la víspera de Navidad y tenemos muy poco personal en el pabellón de ancianos. Hemos pensado que tal vez le gustaría a Ud. ayudarnos."

María aceptó la invitación agradecida, puso el delantal sobre su uniforme y acompañó a su nueva amiga al ascensor. Llevaba cinco meses en el hospital pero era la primera ocasión en que se le asignaba trabajo con los ancianos. Mientras atravesaba los pasillos del hospital, la enfermera le explicó sus obligaciones.

En primer lugar, daría la cena a una anciana. "Qué extraño," pensó para sí mientras peinaba el largo cabello blanco de la paciente y le ayudaba a mantenerse sentada en la cama, "que ciertas personas se vuelvan como niños al envejecer. Me pregunto si mi bisabuela sería así antes de morir."

El tiempo pasó rápidamente. La sala estaba tranquila y María se dio cuenta de que las agujas del gran reloj de pared señalaban más de las doce. Era ya día de Navidad.

María no podía concentrarse. Su mente la transportaba a la pequeña capilla de su pueblo. En aquel mismo instante, todos sus familiares y amigos estarían reunidos allí. Todos estarían felices, cantando en esquimal los viejos villancicos.